



Memorias de la clase muerta
Poesía cubana 1988-2001

Compilación de
CARLOS A. AGUILERA



PRÓLOGO SIN CREDENCIALES

1

Sí, el sueño podrá radicar, en un futuro, en Disneylandia. ¿Cómo sería eso? Eso sería como el cumplimiento de la muerte de la Ideología.

Vean, quizá sea sencillo de explicar. Una vez convertida la Ideología en harapos, es fácil manipular sus restos hasta llegar a poder convertirlos (a los harapos) en las estructuras de un gran parque de diversiones.

Esta Disneylandia, este parque de diversiones, podría ser el porvenir de la Nación. Grandes cúpulas podrían coronarla, y los públicos, turistas, de todos los pueblos, podrían ser sus asiduos visitantes.

¡Disneylandia, en la Isla! Esta maravilla de futuro podría estar radicada o en la Sierra Maestra o en Topes de Collantes. Esto sería el parque de diversiones más hermoso del mundo. Ahí, diariamente, se exhibiría el espectáculo, ante los ojos de los consumidores mundiales, de esa Ideología ya convertida en jirones, pero que por efecto de las luces, de los sonidos, de los grandes aparatos, de los ovnis de diversión, contendría dentro de ella —y a módicos precios servidos por agencias de turismo españolas o francesas— los episodios heroicos de lo que fuera ese momento de la guerra fría en que la Ideología alcanzó su definición mejor.

¡Se imaginan el espectáculo! Al futuro de la Nación no le queda un porvenir más espléndido.

Pues “La oportunidad de hacer —nos dice un miembro de la clase muerta, el poeta Rito— con la poesía, al menos, otra cosa”.

Así como también nos dice Rito, DE LA TRANSFICCIÓN: “Ser acaso un enorme / es / quema y ser, una reminiscencia”. Y eso, como se puede ver, no deja de estar bien. Por ahí puede andar

la cosa para llegar a alcanzar, en el futuro, las cúpulas sacras de Disneylandia.

Y que a los lectores de esta antología que ahora, de manera inaudita, me atrevo a prologar, les pueda servir este imposible posible sueño de Disneylandia en la Isla, como preámbulo para mejor leer a los poetas que, como chinos desplegados, ahora vamos a ver correr ante nuestros atónitos ojos.

Mao y Chopin, o un "Régimen de Asturias" (y de este "Régimen" bien nos sabe decir otro de los buenos de esta clase muerta que ahora me honro en prologar, el poeta y "gran mirante" Ismael González Castañer, quien atrevidamente sabe desplegar esos parthenones que uno sabe que han existido, por lo menos si no afuera, sí dentro de uno).

Y es que con esta antología me están sucediendo, a medida que la leo y releo para hacer este prólogo, cosas que sólo puedo calificar como pertenecientes al delirio.

Pues, entre otras cosas, me sucede que creo ver, como si fuera bajo una alucinación, a los poetas de esta antología metidos dentro de un circo.

O entonces siento que ese circo es la premonición de esa Disneylandia que quizá se instale en Topes de Collante.

O me veo, frente a un canal de esta orilla donde vivo (esta horrible orilla está llena de horribles canales), asaltado por una turba de muñequitos que al final resultan ser chinos ectoplasmáticos.

O —y esto es lo más inquietante— me veo asaltado por una pesadilla que consiste en una devastación que estaría arrasando al Hotel San Luis, sito en la calle Belascoaín de La Habana.

2

Los poetas de esta antología proponen cosas peregrinas. Por ejemplo, uno de ellos (quien también pregunta: "¿dónde está el sol?", y enseguida afirma: "sordo el pianista ríe / como un idiota"), cuyo apellido es Saunders, nos muestra lo siguiente: "urinario en forma de gato jaspeado". Pero ¿cómo supo Saunders que antes, antes de la devastación, o antes del tiempo en que la Ideología se convirtiera en harapos, un urinario podía tener forma de gato jaspeado? No, él no lo sabe. Así como los otros poetas de esta antología tampoco

aciertan en encontrar la forma que, en el pasado, pudo tener lo que ahora es sólo una destrucción.

Así que, como consecuencia de este buscar y no encontrar, la cosa se pone buena, buenísima, ya que los poetas antologados, buscando ese pasado que ya todos hemos perdido, se ponen, con los ojos vendados, a tratar de golpear a la piñata. Y esto sí que no puede menos que encantar al Lector.

Y ¿me propuse algún bosquejo antes de intentar este prólogo?

Me lo propuse. Por la noche, frente a una luna adelgazada que acabó por ser una luna alquímica, me leí por enésima vez a los poetas de esta antología, y después de pensar en lo que ellos llegarán a ser, antes de que se llegue a ese futuro en que levantadas las torres de Disneylandia podamos todos tener una nación (y, por cierto, he pensado en la posibilidad de que, semejantes al Cucalambé, ellos terminen mientras tanto con sus huesos en Alemania, o bien que ellos, reclutados en un trasatlántico —frío circo de la noche—, se dediquen a construir esculturas de hielo).

¿Un bosquejo? He aquí lo que he logrado soñar:

—soñé que, tal como sucedía en la "Aurora Consurgens", ese texto, que desde el delirio dictó Santo Tomás de Aquino, irrumpía la Nigredo, con todas sus inundaciones;

—entonces supe, con esas inundaciones, que el *Ánima* se había puesto los extraños nombres (ya veremos, abajo, lo que quiero decir con esto);

—pero, entonces, las palabras se volvieron tartamudeo (es el tartamudeo que tantas veces podemos encontrar en los poetas de esta antología que prologo);

—hasta que, al fin, se vislumbra el circo, el parque de diversiones, o la Disneylandia futura en que la otra orilla podrá llevar a cabo una catarsis colectiva.

3

Le envié a C. A. Aguilera el siguiente email: "Playa Albina, 02. Querido Carlos: ¿la antología se llamará *Memorias de la clase muerta*? Necesito saber por qué se llama así. Estaré escribiendo el prólogo y también necesitaré que, continuamente, vayas respondiendo a mis preguntas. Venceremos, Lorenzo".

Entonces C. A. Aguilera me envió el siguiente email: "Liebe Lorenzo, sí, la antología se llama *Memorias de la clase muerta*. En principio toma parte del nombre de la obra de Tadeuz Kantor: *La clase muerta*, y muerta porque es la clase improductiva, la que apenas tiene valor de uso, la que no va a ninguna parte, algo así como la clase de los idiotas SIN familia. Yo creo que todo esto tiene que ver también con el Instituto Benjamita. Desde que leí ese libro me pareció que la institución poesía es una especie de escuela para desaprender a ser útil, por lo menos de la manera que a mi mamá le hubiera gustado que yo lo fuera.

Para Kantor, la clase muerta era también la más viva, ya que fuera de todo *compromiso* social podía ser, entonces, muy creativa.

La cosa va por ahí.

Un Tiramisu y velitas.

C".

Bien pues. No voy a tratar de conseguir *La clase muerta* porque, quizá —¡prejuiciado que soy!— como en esta Playa Albina puede ser que no esté ese libro, habría que pedirlo a España, y esperar al avión, y esperar días, semanas, o no se sabe cuánto tiempo.

No, no voy a tratar de conseguirlo. Pero eso sí, aunque no voy a leer el libro de Tadeuz, sí me voy a justificar con lo que me ha dicho, en el email, C. A. Aguilera.

La clase muerta ha dicho Carlos en su email, y muerta porque es la clase de los idiotas, o porque tiene como escuela el desaprender —¡Qué bueno es desaprender! ¡Qué bueno hubiese sido que los jesuitas, quienes fueron mis maestros, desde un principio me hubiesen enseñado a desaprender!

Pero los malditos jesuitas... ¡Qué se le va a hacer! No me enseñaron nada que no fuera el Infierno. Y mucho menos me enseñaron a desaprender. Pero, a otra cosa. Así que, entonces, *La clase muerta*, puedo añadir, y muerta porque, sobre todo, al poder yo pertenecer a ella, me justifico de no tener credenciales de prologuista, ni de nada que se le parezca.

Ya se sabe, entonces, y que la cosa se arregle como pueda: yo entro, en una antología de clase muerta, o de SIN familia, o de lo que sea, a prologar desnudo, a prologar sin nada: a prologar sin credenciales.

Esto, quizá, se pudiera poner bueno.

¿Qué podrá ser eso de prologar una antología? Algo sobre *actuales...*, algo sobre jóvenes..., algo sobre cubanos...: ¡una antología!

¿Qué hago frente a una antología? ¿Qué es eso de unos cubanos, y para remate jóvenes, escribiendo poesía? Y ¿por qué, al tratar de fijar todas esas preguntas —preguntas que saltan como ranas—, sólo me queda una visión blancuzca, una emulsión blancuzca?

Una emulsión blancuzca y..., a poco que me detenga frente a ella, vuelven a saltar más ranas. ¿Qué puedo hacer? O..., ¿qué dirán los profesores? Pues los profesores viven bajo el canon, y los profesores todo lo ordenan, y los profesores son —como los niños— la esperanza del mundo. ¡Los profesores sí saben hacer prólogos! Pero yo no sólo no sé hacer un prólogo, sino que me detengo, paralizado, ante eso que comencé diciendo: actuales..., jóvenes..., cubanos...

Confieso, sin embargo, que en 1961 me convertí en antologador. ¿Cómo pudo ser eso?

Recuerdo, 1961, que yo acababa de escribir el palíndromo autista más enrevesado que nadie pudiera proponerse. O sea, yo ya entonces dentro de la clase muerta —aunque sin saberlo ya que en aquel entonces no habían nacido, o casi no habían nacido, los poetas de la diáspora— me metí, sin embargo, en unos cuentos *salsipuedes*, titulados *cetrería del títere*. Me metí, pues, y todavía no sé como pude atreverme a eso.

Pero, siguiendo con lo que debo decir en este prólogo, resultó que, desde el *salsipuedes* de aquellos cuentos que me propuse en la *cetrería*, me entró, no se sabe de qué manera, la corcomilla de relatar las sombras que podían acompañar a lo que tuviese frente a mi mirada.

La obsesión... O sea, fue que yo, también me aluciné con las sombras que pudieran acompañar a los patinadores cuando se deslizaban por una pista de hielo. Me obsesioné, y ya comprometido en la absurda tarea de componer una antología de la novela cubana, la compuse, toda ella, no pensando en ningún discurso histórico, ni racional, sino sólo —¡qué locura!— teniendo como modelo esas sombras que podrían acompañar a los patinadores. ¿Se entiende esto?

No, sé que no se podrá entender esto que hice en mi antología. (Una antología, que, increíblemente, por haber revelado a la figura más tremenda de la novela cubana del siglo XIX, Ramón Mesa y Suárez Inclán, se convirtió en un texto importantísimo, en el texto que supo descubrir lo que ningún sesudo profesor, ni insoportable investigador, después de incontables años de estudio, había logrado ver nunca. O sea, para decirlo más claro: que sin saber cómo hacer una antología, acabé haciendo una de las mejores antologías que se han hecho en la Isla.)

En fin, lo que estoy queriendo explicar es que, como no tengo credenciales para ser prologuista de una antología, sí tengo que ser, sin duda, prologuista de esta diáspora de la clase muerta.

Yo vivo en una Playa Albina y...

Pero... ¡para cochero!; cochero, para; para cocherito que... Pues no debo precipitarme.

No debo precipitarme. No debo decir cosas de las cuales, después, pudiera arrepentirme.

No, no debo precipitarme para luego arrepentirme.

No es correcto y, sobre todo, no es profesoral comenzar un supuesto prólogo a una antología diciendo que yo vivo en una Playa Albina. Pues es posible que yo nunca llegue a saber que cosa puede ser un prólogo a una antología de jóvenes poetas cubanos, pero eso sí, yo debo responder al requisito que exigen los profesores: ser serio.

Yo debo ser profesoralmente serio, aunque nunca me han dejado ser profesor (y esto es una historia que me ha sucedido en esta maldita Playa Albina donde vivo, y que algún día debería contar, pero que, por supuesto, no tengo por qué contar aquí) y aunque nunca, tampoco, he podido ser serio a la manera magisterial. Pero, a ver como me sale la cosa.

5

Y yo el Lector, o el prologuista, o como se le quiera llamar, confieso que trajinando con los poetas de esta antología, me encuentro con rusos, con ratas, con chinos, con cerdos, con tractores.

A veces pienso en alguna escena del novelista Pynchon.

Y pienso que se puede construir como una historia de lo no narrable (es decir, de lo que no tiene un desarrollo sinóptico).

Y al pensar esto toco un hueso último.

Y me parece que con este hueso último se puede ir alcanzando ese imaginario donde ya no esté eso, traducción de lo francés bonito, que tanto nos ha esclavizado.

6

Y, vamos a ver, yo les diría que lo lindo de la cosa es que hay gotas de sueño. Y más, yo les diría que lo más lindo de la cosa es que, actualmente, ya hay jóvenes hispanoamericanos —cubanos, como los de la diáspora— que ni se traban con un discurso estereotipado, ni tampoco se traban en el discurso surrealista de los mœsiú franceses (y estando en eso, estando en las razones de evitar ese discurso francés que quedaba a noventa millas de Cuba, podemos citar, por ejemplo, estas palabras —palabras quizá injustas, lo reconozco, aunque...— del poeta norteamericano Charles Simic: “creo que a los poetas en Estados Unidos nos gusta más el surrealismo latinoamericano que el francés. Nos parece que el surrealismo francés fue demasiado académico, un poquito deliberado, más como para estilistas, aburrido, y te estoy hablando de poetas como Breton, Éluard, Aragón, Peret. Me parece que leer a Huidobro es mucho más interesante”), sino que, contrarios a toda estereotipia, rondan y rondan en torno a las gotas del sueño.

¿Las gotas del sueño? ¿Qué quiero decir? Bien, como se trata de gotas que también pueden filtrarse en el mundo de la vigilia, y como además, lamentablemente, es posible que yo esté escribiendo este prólogo bajo los efectos del delirio, voy a traer las palabras de un gran onirólogo mexicano, el narrador Hugo Hiriart, autor de una *Sobre la naturaleza de los sueños*.

Hiriart nos dice sobre las gotas: “Aunque constituyen nuestra más recóndita intimidad personal, se los ha pasado por alto. Son *terra incognita* situada en el corazón de nosotros mismos. Estos elementos implican un modo de ser maravillosamente fino y sutil e inmensamente complejo. / Nuestra intimidad recóndita no se construye con ideas discursivas, sino con estos jirones, con estos átomos

tumultuosos, invisibles, pero operantes, en la vigilante conciencia a la luz del día”.

Gotas del sueño, átomos, jirones —sobre todo jirones—, aquí está la cosa. Esto es estar, por ejemplo, bajo la lluvia, pero no para bañarse bajo un discurso de aguacero surrealista convencional, con sus flechas congelados por la estereotipia, sino para recibir, directamente, la radiación de los jirones que son fragmentos, de los fragmentos que son átomos.

¿Se entiende? Pues es que lo mejor que tiene la aportación de estos poetas de la clase muerta es que su discurso no quiere ser discurso, sino jirones, átomos que caen sobre sus gotas del sueño para así descomponer las palabras. Y eso está bien: los poetas de esta clase muerta no se mojan —cuando les cae la lluvia— con agua de un Saint-Jun Pérez traducido, sino con gotas del sueño, o con gotas —caídas como perdigones— del inconsciente.

Por eso, antes que empezar a buscar símbolos, o antes que insertar un discurso dentro de un contexto, creo que es más recomendable, al enfrentarse a estos poetas, hacerlo con una lectura que pudiera calificarse como lectura de astillas.

7

Nada de contextos, entonces, para acercarse a los poetas de la clase muerta. Nada de contextos, ni de Historia. A lo más, si se quiere, profundizar en los chinos que, extrañamente, también como si fueran perdigones, a veces resbalan sobre los textos de esta antología. ¿Por qué resbalan, y caen como paracaidistas, esos chinos? No se sabe, o no hay necesidad de saberlo. Lo bueno de los chinos que aparecen aquí es que no hay que explicarlos, ni insertarlos en la Historia. ¿Son chinos como puro significante? Quizá no. Pero lo bueno de todo esto es que, sean o no significativos, con los chinos de esta antología no hay que hacerse mucho coco.

No hay que hacerse coco con estos chinos. No hay que buscar a Derrida, ni buscar parámetros posmodernistas para explicarse a los endemoniados asiáticos. No, sólo hay que buscar, a lo más, la razón de unas ratas con las que abundantemente trata el poeta C. A. Aguilera.

Unas ratas, Mao, o unas cápsulas extraídas del Capital, y todo esto explicado por el Aguilera poeta, bastan para darnos una como camaleónica justificación de los chinos. ¡Qué bueno!

Así que, repito, no hay que hacerse mucho coco, pero debo confesar que los chinos han podido llegar a gustarme mucho. No sé..., no sé como explicarlo, pero me sucede que es como si hubiera un descampado, como si todo se hubiese perdido y, entonces, veo a los chinos cayendo sobre las páginas de esta antología.

Pero ¿esta visión que consistiría en sentirme como en un descampado, y entonces ver a los chinos de la otra orilla (no olvide el Lector, si es que tengo un Lector, que yo soy el prologista que está en una orilla —en la orilla albina—, y que esos chinos se están paseando por una antología que procede de la otra orilla, la orilla que está en la Isla. Pero ¿cómo carajo un lector, extranjero, va entender ese berenjenal bendito que consiste en las dos orillas?), qué puede significar? Bueno, esto que lo explique el León de Damasco. Como ya he dicho, hay gotas de sueño, átomos de la vigilia, y a esas gotas, y a esos átomos sólo hay que dejarlos resbalar por encima de uno.

No hay, pues, que buscar a la Historia, ni hay que buscar a los profesores para que nos expliquen la cosa. Un poeta de esta antología, Pedro Marqués, nos dice: “se explica sin explicar”. Y es que en el mundo de las gotas del sueño, en el mundo de las astillas, o de las hilachas, o de los jirones, no hay explicación que valga. Pues, sigue señalando Pedro Marqués, lo que se acaba de decir se borra inmediatamente “en una escritura intensidad/ pero no es escritura la palabra exacta/ (exacto es claro de bosque)”.

8

Y todo esto, recuerden, toda esta expresión poética, está rodeada por extrañas manifestaciones del *Ánima*. Esto, por supuesto, no aparece en los poemas de la antología, pero esto, el *Ánima*, es el supuesto que rodea a esta antología de la clase muerta. Pues el *Ánima*, ya se sabe, es más que importante (y si no, pues, que se lo

pregunten a Jung). Pues el *Ánima* ya se sabe, aunque no aparezca en la superficie, no deja de estar ahí, determinándonos a todos.

Y hay que ver, hay que ver, lo que puede pasar, y de hecho ha pasado, cuando un grupo de poetas, como estos que se presentan en la antología, tienen al *Ánima* con extraños nombres.

¡Increíble! Pues es el caso que en la otra orilla, en la orilla de la Isla, lugar donde, como bajados de un ovni, han surgido los poetas de esta antología, el *Ánima* ha adoptado peregrinos nombres.

El *Ánima* se ha llamado, se llama: Yesamín, o Yiúrica, o Yesenia, o Yesemira, o Guabela, o Fridania, o Awinda, o Dagmaris, o Bertilia.

Y ¿qué tipo de erección puede provocar un *Ánima* que se llame Dagmaris? O, cambiando la pregunta, ¿qué tipo de poesía empieza a hacerse cuando el *Ánima* se llama Yésica?

¡Qué tipo de poesía, sí! Y ésta es la pregunta que, si no quieren perder el tiempo con paparruchas profesoras, deben plantearse los maestros cuando traten de enseñarle a sus alumnos la manera de erección poética que, en estas últimas décadas, habrá inspirado, en estos poetas, el *Ánima* que se pueda llamar Yiúrica.

Pues estoy seguro, pero no lo puedo demostrar ahora aquí, en este prólogo, que esas erecciones provocadas por esa *Ánima* con nombre de soviética, o de fémica enredada en el trabajo voluntario, o de joven comunista, o de lo que sea, tiene que ver, también, con esa gota de sueño de la que ya he hablado arriba. ¡No digo yo!

Pero dejemos el asunto, porque es demasiado complicado.

9

Ánima, entonces, acabamos de decir para, inmediatamente, salir corriendo por ser demasiado complicado. Pero ahora debemos hablar del polvo.

Pues hay polvo, mucho polvo. Pues a veces hay mucho polvo tras los textos de los poetas jóvenes de esta antología.

Polvo. Esto sí que está raro.

Pues las grandes figuras que mucho se citan: Bernhard, Mandelstam, Nietzsche, son figuras que parecen enredadas por el polvo.

Polvo, o “Como siendo, siempre, harapos”, que dice el ya citado Pedro Marqués.

16

Polvo... y no sé cómo explicarlo, ni creo que voy a poder explicarlo pero que es algo así como... ¡Miren!

¡Miren! Se trata de que los poetas de esta antología, pueden, por ejemplo, hablar de Raskólnikov, hablar de Sonia, hablar de los eslavos (pues, al igual que con los chinos, estos poetas tienen una obsesión subliminal con los eslavos), pero uno enseguida ve lo que de ventrílocuo tiene todo eso, ya que lo que puedan estar diciendo es sólo el mascarón de la telaraña; el mascarón, pero con el polvo detrás.

Con el polvo detrás y es que..., ¿pero sabré decirlo?, que detrás de las citas de los Bernhard, de los Wittgenstein, que estos poetas siempre hacen, está el polvo, los harapos, de ese destartado, de esa cagazón, que ha sido el *locus* donde estos poetas han tenido que abrir los ojos.

Pero, ¿qué dirán los profesores de todo esto que estoy diciendo? O, dicho de otra manera, ¿es válido presentarme no sólo sin credenciales, sino también con *Ánima*-Yanira, o con un polvo que, quizá, no se sepa lo que puede ser?

Bien, sé lo arriesgado que pueda ser emprenderla con un prólogo, diciendo sólo lo que me sale del ombligo, pero hay algo que me impulsa a seguir esta labor sin credenciales, y esto que me impulsa, y sobre todo que me justifica, es el apasionamiento con que estoy escribiendo esto que estoy escribiendo.

¿Qué profesor pudiera apasionarse —si es que los profesores se apasionan— con esta diáspora de poetas, como sólo puedo apasionarme yo?

Pues yo soy un viejo haciendo un prólogo sin credenciales en una orilla híbrida con canales horribles, en la orilla de la Playa Albina, pero yo soy un viejo que estuvo en la orilla de la Isla, cuando el polvo lo empezó a cubrir todo.

Así como yo soy un viejo que vio a los guajiros obligados a jugar el ajedrez (¿y, en las Leyes de la Imaginación, guajiros que juegan al ajedrez no es el equivalente del *Ánima* con un extravagante nombre de eslava, o de váyase a saber qué?) en un campo horrible, en un campo de *trabajo voluntario*, donde al caer la noche, junto al polvo y la mierda, se oía el desolado ruido de un destartado tren cañero, caminando por el vacío.

O, pues, yo soy un viejo que conoció las imágenes absurdamente metidas en aquellas espantosas latas de carne rusa que sólo po-

17

dían producir diarrea, o alucinadas visiones con alucinantes chinos (¡Siempre los chinos!).

Pues estos poetas de esta antología son, por supuesto, poetas experimentales. Y los poetas experimentales —como bien lo puede saber un lector de calidad—, así como los poetas digitales, o los poetas concretistas, o los poetas carajales, o los discípulos del a veces estereotipado Oulipos francés, bien pueden caer también en lo que Borges ha llamado la retórica de la brevedad, o bien pueden caer en la cajita bien hehecita con toda su maquinaria de trucos dentro.

Pero los poetas de esta antología, por partir, por necesidad, de una circunstancia donde el polvo se les enredó, entonces, por muy experimentalistas que sean, o que pretendan ser, están agarrados a lo tremendo de un relato difícil, de un relato de gotas de sueño, o de átomos, a los que para entenderlos, habrá siempre que recurrir.

Un relato difícil al que hay siempre que recurrir, pero un relato que por ser tal, salva a estos poetas (por lo menos por ahora) de fáciles máquinas de trucos.

Por ejemplo, podemos encontrarnos con un poeta, Ricardo Alberto Pérez, que nos diga: “Entonces mi madre no había muerto aún, y yo vinculaba el virtual deterioro de su mente con el ruido histórico del tractor”. Y ¿cómo podemos comprender estas palabras? Estas palabras, obviamente, contienen una continuidad que cualquier lector, de cualquier latitud, puede percibir, pero cuando el Lector se acerca más, y esto hasta llegar a impactarse con la posible relación entre *deterioro de la mente de la madre con ruido histórico del tractor*, aquí se produce un nudo vital, o un toque en el inconsciente, o una percepción de una relación subterránea que de entrada entrega al Lector mucho más que una relación experimentalista, o minimalista, o lo que fuera, ya que aquí estamos ante la expresión subliminal de algo que, efectivamente, sucedió, pero que en su última dimensión no es juego con estructuras formales, sino un relato, un tremendo relato tal como ese que hemos señalado cuando hablamos de unos guajiros jugando al ajedrez frente al puro escampado.

Polvo, de nuevo. Harapos. Siempre me estoy encontrando con los harapos. Y yo... estoy en una Playa Albina (Y perdónenme, pues aunque dije que no era profesoral hablar de una Playa Albina, no puedo dejar de hablar de esta orilla, con feos canales, donde estoy. La orilla que está frente a la otra orilla, o sea, que está frente a esa orilla donde, rodeados de filas de chinos, están los poetas de esta antología). Pero sigamos.

Polvo de nuevo. Y me encuentro con Rolando Sánchez Mejías, poeta de esta antología. Y Rolando, por un momento casi poniéndose optimista, señala: “‘El sol también es histórico’, me digo en un rapto”. Pero uno, que ya está más que advertido con las telarañas de esta antología, no deja entonces de añadir: “Bueno... eso dice el poeta, pero ese sol también se ha llenado de polvo”.

Polvo, y las ideologías.

No se olvide, repito: las ideologías, ese peso muerto que contienen los cacharros de ideas, es una de las trasterías de imágenes que más obsesionan a estos poetas de la clase muerta.

Los obsesionan.

Los obsesionan junto a las ratas, junto a los cerdos, junto a los chinos, junto a los oscuros —con polvo— autores esclavos, y junto a los también autores de la Europa oriental.

¡Un burujón!

Y aquí, ¡fíjese el Lector!, de nuevo viene otra cosa rara, otra cosa rarísima para un lector extranjero, pero que para los viejos de esta orilla de la Playa Albina donde está el prologuista, y para los jóvenes de esa otra orilla donde están los jóvenes de esta antología, es puro pan comido.

Puro pan comido, como les digo.

Pero ¿de qué se trata? Ahí va:

¡Fíjense bien! Es una cosa tan extraña como esa de que el *Ánima* (pero, ¡qué diría Jung!) se volvió soviética, o se llamó *Yúsica*.

Tan extraña.

Y es que, como ya hemos dicho, parece que, para estos poetas de la clase muerta, las ideologías se les han vuelto unos harapos. Pero unos harapos que...

¿Harapos? Pero, pensándolo bien, ¿qué quiero decir con eso? ¿Quiero decir que estos poetas menosprecian las ideologías? No, no, eso sería muy fácil.

Lo que quiero decir es algo endemoniadamente complicado.

Lo que quiero decir es algo (fíjense bien, y no digan que no estoy delirando), es algo tan endemoniado que, acabado de concebirlo, pienso si no será que yo, el viejo prologista que está en esta orilla de la Playa Albina, no se habrá puesto a soñar con algo así como una devastación que pudiera haber ocurrido en un viejo hotel de la calle Belascoaín de La Habana, y que esta pesadilla de una devastación haya conducido, al viejo, a imaginarse una extraña historia de harapos y de ideologías que, a lo mejor, es pura delirancia.

Pero, bueno, sea pesadilla, o sea lo que sea, ¿por qué no acabo de decir el delirio que estoy queriendo decir?

Bueno... ahí va lo que estoy queriendo decir.

¡No se asusten! Es algo que tiene que ver con la ambivalencia, y con el Ánima que se ha puesto extraños nombres.

Ahí va.

Lo que quiero decir es que, quizá desde una extraña ambivalencia, estos poetas, con infancia transcurrida desde un mundo con harapos de carne de lata rusa o, lo que es lo mismo, con harapos de una ideología, y Ánima soviética, y filas de chinos, y el copón bendito, han llegado a vivir la ideología fracasada que les impusieron como... Pero ¿cómo podré decirlo?

¿Cómo...?

Pero... ¿es que sabré decirlo?

Bueno, me atrevo a decirlo.

Lo que creo que pasó con los poetas de esta antología es que las imágenes sacadas de las latas de carne rusa, o los harapos de la ideología bajo la cual vivieron, se les llegó a convertir en algo así como viejas fotografías sacadas de un baúl. Unas fotografías de un baúl, a medias inventadas, a medias vinculadas al recuerdo.

Pero ¿se quiere cosa más rara que esto que acabo de decir?

Y... acabado de decir lo que he dicho, me vuelve la culpa de estar diciendo disparates, de estar en el delirio.

Disparates, delirio, pero ¿no será esto lo único que puede decir un viejo, metido a prologista, que desde una orilla siente, a la par que el relato de una devastación en un Hotel de La Habana, la extraña transformación (harapos de ideología = fotografías viejas quizás sacadas del baúl de la abuela) que estos jóvenes antologados han padecido en sus años de formación?

Quizá sea así. Aunque, lamentablemente, yo no puedo defender mi punto de vista, porque mi punto de vista no es un punto de vista, sino el delirio producido en un viejo que está en una orilla cuando se encuentra con el delirio de los jóvenes que están en la otra orilla.

Y ¿cómo se podrá coser todo esto que está diciendo Lorenzo? No lo sé. Pues, repito —¡pero hasta cuándo voy a seguir repitiendo!—: quizá lo que Lorenzo está diciendo sólo sea la locura de un viejo que, en una orilla albina, trata de inventarse, a como pueda, el desbarajuste de la clase muerta de la otra orilla. ¡Váyase a saber!

12

¡Váyase a saber! Pero lo que sí a veces me parece cierto es que a los poetas de esta antología, a veces les sirven los harapos en que se convirtió la ideología que cubrió a sus infancias (pero, no deo de gritar, ¡qué cosa tan extraña puede ser esto!), para convertirlos en chillones trajes.

En chillones trajes que, después que estos jóvenes de la clase muerta colorean con los tintes del expresionismo centro-europeo, a estos jóvenes antologados les sirven como para debutar en un circo.

¿En un circo? Pero ¿qué circo puede ser ése?

¿Un circo? Mao y Chopin.

Circo y el poeta C.A. Aguilera, ese narrador que ha convertido en cajitas —¡qué hubiese dicho Cornell!— las apestosas latas de carne rusa que todos (los de la orilla de allá, y los de la orilla de aquí) en algún momento tuvimos que comernos, nos ha preguntado lo siguiente:

—Preguntas:

“¿a
cuánto-o
asciende la carne podrida de un maestro en
Alemania?”

Y todo esto con Wittgenstein, o con Pound. Y todo esto como la traducción de un monólogo que toda una generación sostuvo en un cañaveral, cuando fueron a cumplir con sus obligaciones de “trabajadores voluntarios”.

Un circo pero... he aquí lo extraño: un circo que... Pero ¿podría ser un circo que ha levantado su carpa desde la depresión? ¿Desde la depresión? Pero, si la respuesta es afirmativa, ¿entonces los jóvenes de esta antología se han metido en un circo debido a la depresión?

Pero ¿cómo puede ser un circo de deprimidos?

Un circo. Con lo dopado. Con la mañana en la lluvia. Con los desperdicios.

Y esa mirada como de hueso, mirada seca.

“Si hacia el deshuesadero avanza un bloque”, nos dice el poeta Juan Carlos Flores.

Porque es que aquí, en estos jóvenes de la clase muerta, lo expresionista puede convertirse en juego de huesos. La abstracción en juego de huesos.

Juego de huesos, o unos soldaditos del ir para atrás. Los soldaditos propuestos, en “Égloga en el bosque”, por el poeta Saunders.

Pues los ejércitos transparentes con los soldaditos de Saunders. Pues a veces, leyendo y releyendo esta antología, no he dejado de pensar que si los que habitamos en cualquiera de las dos orillas nos decidiéramos a volvernos locos, no estaría mal la manera propuesta por el poeta Saunders: “en avenidas perfectas que avanzan infinitamente en milimétrica / y aleatoria formación de ejércitos transparentes de Entropía”.

Pero no, no nos desanimemos, pues, como ya dijimos al principio de este prólogo, nos quedan, como esperanza, esas cúpulas de una Disneylandia futura que quizá puedan hacer las delicias de nuestros nietos.

Así también como nos queda, en este buen presente que todos estamos disfrutando, ese circo de posibles deprimidos que en esta magnífica antología se exhibe, prologado, a como puede, por un viejo que vive en una orilla albina.

La cosa no está tan mal.

LORENZO GARCÍA VEGA